

# El Fallecimiento de ‘Abdu’l-Bahá

La noche del 10 de julio de 1921, ‘Abdu’l-Bahá, el Centro de la Alianza de Bahá’u’lláh, estuvo en el Monte Carmelo, junto al Santuario del Báb, el Precursor de Bahá’u’lláh. Allí reveló una Tabla y una oración en honor a un “pariente del Báb”, que había fallecido recientemente. En aquella oración ‘Abdu’l-Bahá pedía a Dios su propia liberación de este mundo. Hablaba de su “soledad” de sus “*alas rotas*”, “*sumergidos en mares de tristeza*”: “*¡Oh Señor! Mis huesos están débiles y los cabellos plateados brillan en mi cabeza . . . y ya he llegado a una avanzada edad, habiéndome abandonado mis fuerzas . . . ya no me queda fortaleza con la que levantarme y servir a tus amados . . . ¡Oh Señor! Apresura mi ascensión a Tu umbral sublime . . . y mi llegada a la puerta de Tu gracia, bajo la sombra de Tu mayor misericordia . . .*”.

Aquella oración fue contestada en menos de cinco meses. Falleció en la madrugada del 28 de noviembre de 1921.

En el lugar que conocemos como Tierra Santa, en toda su turbulenta historia de los últimos dos mil años, jamás acontecimiento alguno había podido unir a todos sus habitantes de diversas religiones, orígenes y propósitos en una singular expresión de pensamiento y sentimiento, como lo hizo el fallecimiento de ‘Abdu’l-Bahá. Judíos, cristianos, musulmanes y drusos, de todas las denominaciones y credos; árabes, turcos, kurdos, armenios y gentes de otros grupos étnicos se unieron en condolencia por Su fallecimiento, conscientes de una gran pérdida sufrida.

Shoghi Effendi, el Guardián de la Fe Bahá’í, escribió así del fallecimiento de ‘Abdu’l-Bahá, su Bienamado Maestro y Abuelo:

“Nos hemos dado cuenta ahora de que el Maestro sabía el día y la hora en que, terminada Su misión sobre la tierra, regresaría a Su refugio en el Cielo. Sin embargo, tuvo mucho cuidado de que Su familia no tuviera premonición del pesar que se acercaba. Parece como si sus ojos estuviesen velados por Él, con Su siempre amorosa consideración hacia Sus seres queridos, no fuera que viesen el significado de algunos sueños y otras señales del acontecimiento que se avecindaba. Esto, descubren ahora, era lo que Él quería para ellos, con el fin de que conservasen sus energías para afrontar la gran prueba cuando ésta llegase, y no sentirse desvitalizados en espera de la angustia.

De las muchas señales del acercamiento de la hora en que Él podría decir de su trabajo sobre la tierra: *‘Está terminado’*, son destacables los dos sueños siguientes. Menos de ocho semanas antes de Su fallecimiento, el Maestro relató esto a su familia:

*Parecía que me encontraba de pie en una gran mezquita . . . en el lugar del Imám mismo. Apercibí que un gran número de personas se congregaban en la mezquita; llegaban más y cada vez más, tomando sus lugares en filas detrás de Mí, hasta que hubo una gran multitud. De pie tal como estaba, y en voz muy alta, entoné la ‘llamada a la oración’. De repente se me ocurrió abandonar la mezquita.*

*Una vez fuera, me dije: ‘¿Por qué he salido sin continuar la oración? Pero, no importa; ahora que he pronunciado la ‘llamada a la oración’ la gran multitud la entonará por sí sola.*

Unas semanas después del anterior sueño, el Maestro vino de la habitación que había en el jardín, en el cual se quedaba últimamente, y dijo:

*Tuve un sueño en el que ví que la Bendita Belleza . . . se me acercaba y decía: “¡Destruye esta habitación!”.*

La familia, que había querido que ‘Abdu’l-Bahá viniera a dormir en la casa, y que no estaba contenta de que estuviese solo por la noche, exclamó: “Sí, Maestro, creemos que Su sueño quiere decir que debe Usted dejar aquel cuarto y trasladarse a la casa”. Cuando nos oyó decir esto, sonrió como si no estuviera de acuerdo con nuestra interpretación. Más tarde comprendimos que ‘habitación’ realmente significaba el templo de su cuerpo.

Un mes antes de Su última hora, el doctor Sulayman Rafat Bey, un amigo turco invitado en la casa, recibió un telegrama comunicándole la repentina muerte de su hermano: ‘Abdu’l-Bahá le dijo en voz baja, mientras le consolaba: *No te aflijas, porque sólo ha pasado de este plano a otro más elevado; pronto Yo también seré trasladado, porque Mis días están contados.* Luego, golpeándole cariñosamente el hombro, le miró a la cara y dijo: *Y será en los próximos días.*

En la misma semana reveló una Tabla, la última Tabla a América, en la cual se lee la siguiente oración:

*¡Yá Bahá’u’l-Abhá! (Oh Tú, Gloria de las Glorias) He renunciado al mundo y a sus gentes, y Me siento apenado y muy afligido a causa de los infieles. En la jaula de este mundo aleteo como un pájaro asustado, y anhelo cada día levantar Mi vuelo hacia Tu Reino.*

***¡Yá Bahá'u'l-Abhá! Hazme beber el cáliz del sacrificio y libérame. Libérame de estas penas y pruebas, de estas aflicciones y dificultades. Tú eres Él que ayuda, Él que socorre, Él que protege, Él que extiende la mano de ayuda.***”

Su fiel y buen siervo Isma'il Aqa relata lo siguiente: “Hace algún tiempo, unos veinte días antes de que mi Maestro falleciese, estaba yo cerca del jardín cuando Le oí llamar a un antiguo creyente diciendo:

***Ven conmigo, para que admiremos juntos la belleza del jardín. Contempla lo que el espíritu de devoción puede lograr. Este lugar floreciente era, hace unos años, sólo un montón de piedras, y ahora está verde con follaje y flores. Mi deseo es que después de Mi partida los amados se levanten todos a servir la Causa Divina y complacer a Dios. ¡Así será ; No antes de mucho se levantarán hombres que darán vida al mundo.***

Unos días más tarde dijo:

***¡Estoy tan fatigado! Ha llegado la hora en que debo dejarlo todo y levantar Mi vuelo. Estoy demasiado cansado para caminar.*** Luego dijo: ***Era durante los últimos días de la Bendita Belleza, estando Yo ocupado en recoger Sus papeles, esparcidos sobre el sofá de Su escritorio en Bahjí, cuando se volvió a Mí y dijo: ‘Es inútil recogerlos, debo dejarlos y huir lejos’.***

***Yo también he terminado Mi labor; no puedo hacer nada más; por lo tanto debo dejarlo y partir.***

Tres días antes de Su ascensión, sentado en el jardín me llamó y dijo: ***Estoy enfermo de fatiga. Tráeme dos de tus naranjas para que Me las coma en tu honor.*** Le obedecí y habiéndolas comido, se volvió a mí y dijo: ***¿Tienes alguno de tus limones dulces?*** Me ordenó que fuese a buscar unos cuantos, diciendo: . . . ***No debo acogerlos con Mis propios manos.*** Habiendo comido la fruta, se volvió a mí y preguntó: ***¿Deseas alguna cosa más?*** Entonces, con un gesto patético de Sus manos, de manera conmovedora, enfática y deliberada, dijo:

***Ahora ya está terminado, está terminado.***

Estas significativas palabras penetraron en mi alma. Cada vez que las pronunció sentí como si un puñal penetrase en mi corazón. Comprendí su significado, pero nunca soñé que su fin estuviera tan cerca.”

A las ocho de la noche del 27 de noviembre, después de tomar poco de comida, se retiró a su cama, diciendo: ***Me siento muy bien.***

Dijo a su familia que se fuesen a la cama a descansar. Dos de sus hijas, sin embargo, se quedaron con Él. Aquella noche, el Maestro se había dormido tranquilamente sin fiebre alguna. Se despertó a la una y cuarto de la madrugada y fue a una mesa de la habitación donde bebió un poco de agua. Se quitó uno de sus pijamas, diciendo: ***Tengo demasiado calor.*** Volvió a la cama y cuando, más tarde, su hija Ruha Khanum se acercó a verle, Le encontró descansando lleno de paz; al mirarle a la cara Él le pidió que subiese las cortinas, diciendo: ***Se me hace difícil respirar; dame más aire.*** Se le trajo un poco de agua con esencia de rosas, que bebió sentándose en la cama sin ayuda alguna. De nuevo se echó, y al ofrecerle algo de comida, contestó con voz clara:

***¿Queréis que coma algo y Yo me estoy marchando?*** Les ofreció una preciosa mirada. Su semblante denotaba tanta calma, Su expresión era tan serena, que Le creyeron dormido.

¡Su largo martirio había terminado!